



Cruz y Espada

Publicación Semanal

Redacción y Administración:
Barsola, 1.

Suscripción 0'15 ptas. al mes
Núm. suelto 0'05 ptas.

Tres clases de hombres

Los maestros de la vida espiritual dividen la grey cristiana en tres clases, y pintando luego los defectos de cada una, se los pasan por delante de la vista como impresos en una cinta cinematográfica, por ver si consiguen que, viendo cada uno la hediondez de sus obras, salga del negro abismo a que le arrastró la horrorosa cadena de sus pecados.

¿Y no podrán formarse también tres clases de los hombres que políticamente luchan en España?

Aunque tiempo, propiamente hablando, no es más que el instante presente; porque el instante que pasó no es ya, y el futuro aún no vino; sin embargo nos lo representamos como una sucesión continua de instantes; sucesión y carrera que nadie puede detener y que lle-

va envueltas en sus espumosas olas a todas las generaciones.

Pero ¿en qué se ocupan los políticos de nuestra querida Patria durante su rapidísimo viaje a la eternidad?

Unos; apartada completamente la vista de lo sobrenatural y vestidos con el andrajoso ropaje de los siete pecados capitales, van haciendo la corte al dios revolución a quien vitorean frenéticamente; y delante, como distintivo, ostentan una bandera roja, ¡muy roja! en la que se ve este injusto y sacrilego tema: «¡Guerra al altar! ¡Guerra al trono!» ¿Quiénes componen esta comitiva? Masones y anarquistas.

Otros visten el mismo uniforme, sienten como los primeros; pero no atreviéndose por circunstancias egoistas a hacer la corte ni vitorear públicamente al dios revolucionario le rinden culto interior, y

llegado el tiempo propicio, le preparan camino hasta alfombrado y con espada en mano impiden que nadie se oponga a este aborto del infierno ¿Quiénes son estos? Contestad si quereis con un «los radicales».

Detrás de estos y en coche de 1.^a van otros muy gordos, con fuerzas suficientes para destruir aquella bandera roja, e impedir se realice lo que el lema significa; pero tímidos de que les saquen el billete de 1.^a y les hagan un traspaso a 3.^a o perrera, se contentan con asomar la cabeza por encima de los hombres de estos últimos para ver como se hace paso el dios-revolución, y encogiéndose de hombros se retiran a tomar café en el comedor de su coche-cama. ¿Quiénes son estos? Contesten mis lectores. Y sin darnos cuenta nos encontramos con una subdivisión *teórica, no práctica*.

Hay una otra clase de hombres políticos en España a quienes el tiempo arrastra también en su precipitada corriente a esa patria que tanto anhelan llegar, la eternidad.

Viajan en 3.^a si queréis, materialmente, porque no están sus corazones apegados a la tierra; pero no formalmente. Sus ojos siem-

pre fijos en lo sobrenatural solo accidental y secundariamente se bajan a mirar lo que pasa acá abajo, para luego después ver mejor a su Dios.

Su insignia es la Cruz y su bandera ostenta un lema verdaderamente celestial y arrebatador. Estos, consecuentes con su lema, ni tienen el osado atrevimiento de hacer la corte al dios-revolución, como los primeros; ni con sarcástica hipocresía le dan aliento para que impávida continúe su viaje, como los segundos; ni con perversa intención y punible miedo dejan de oponerse a su destructora obra, como los terceros. Sinó que valiéndose de todos los medios lícitos, sin temor a perder la vida por aquel que se la dió, se presentan delante del embajador de Satanás, sea cual fuere la manera que tiene de presentarse y una vez allí, le declaran guerra, y una vez allí, pelean valerosamente; y una vez allí, mueren, si preciso fuera, ahogados en su propia sangre, pero siempre abrazados a la bandera de las santas tradiciones pero siempre defendiendo los derechos de Dios, a quien aman sobre todas las cosas; pero siempre pugnando en pro de la Madre común de los fieles, la Santa Iglesia Romana.

¿Quiénes son estos? Los católicos antiliberales.

¿A qué clase pertenecéis, caros lectores, y a que clase debéis pertenecer?

MAXIMINO.

Patrón de la semana

S. Laureano Arzob. y m.

Aunque nació de padres gentiles, recibió el bautismo en la ciudad de Milán. Ordenado de sacerdote se dedicó al cumplimiento de las funciones de su sagrado ministerio, y en atención a sus grandes méritos fué consagrado Metropolitano en la iglesia de Sevilla. Totila rey de los godos de Italia, que deseaba extender su secta arriana en estos reinos, mandó varios emisarios para matarle, y habiéndole encontrado en un camino le cortaron la cabeza y huyeron. El santo los llamó y les dijo: *Llevad mi cabeza a Totila como os lo ha mandado.* Después fué llevada su cabeza a Sevilla, y cesó una gran peste que padecía la ciudad en ausencia del santo.

El mayor sacrificio

(Idea de San Anselmo)

Un príncipe de la sangre,
en su jardín paseando,
advirtió que a un gusanillo
por crueldad habían pisado.
Sintiólo y enternecióse:

que era de pecho muy blando;
y mandó al punto viniesen
médicos para curarlo.
Vinieron ellos de prisa
y dijeron... ¡juicio extraño!
que para que el pobre insecto
del todo quedase sano,
debía tomar de sangre
—Está bien—repuso el príncipe—
vamos pronto a ejecutarlo:
abridme al instante el pecho...
y el corazón de contado:
muera yo; mas que se salve
el herido que tanto amo.—
¡Oh amor entre los amores
el más estupendo y raro!
Los médicos accedieron,
estúpidos o malvados,
y el príncipe muy gozoso
llevó el sacrificio a cabo.
¿Qué es un hecho inverosímil?
¡Cómo histórico lo canto!
Esto y más hizo Jesús
al morir por los humanos:
de El al hombre hay más distancia
que del príncipe al gusano.

JULIÁN DE MENA.

Reinará en España

La profecía

De las grandes empresas apostólicas que estaban guardadas para el inmortal Pontífice León XIII, una de ellas fué la solemne consagración de todo el mundo al Sagrado Corazón de Jesús. A cuento de la cual, el santo cura de Ars, y el

gran siervo de Dios Padre Colomb y la venerable Madre María de Sales, religiosa de la Visitación, fallecida en Troyes en 1875, habían profetizado lo siguiente:

«El Salvador va a salvar el orbe nuevamente por unos medios inventados por su exquisita caridad y de los cuales no ha hecho uso todavía. No se puede concebir la grandeza de lo que El hará por el mundo y de lo que prepara Dios en su misericordia... Es necesario que todo se pierda sin remisión para que se vea que la salvación sólo viene de Dios. El Salvador me ha dicho: *Lo haré Yo solo, y nadie podrá decir: Yo soy el que lo ha hecho.*»

Poco antes de publicar el Papa León la Encíclica *Annum sacrum* que es la inmortal Encíclica de la Consagración, hablaba con Su Santidad el santo Obispo de Lieja, monseñor Loutreloux, venerable presidente de la Junta internacional de los Congresos Eucarísticos, y le decía a Su Santidad estas palabras a cuento y al propósito de la consagración de todo el mundo al Sagrado Corazón de Jesús:

«— *Yo sé, Santísimo Padre, que esta consagración ha de apresurar el momento de las divinas misericordias que esperamos.*»

Y es fama que conmovido el Sumo Pontífice pronunció entonces estas cuatro palabras:

«— *Yo también lo sé.*»

Finalmente, en 27 de Mayo de 1899, se publicaba en Roma la referida Encíclica (que lleva la data del 25 del mismo mes), y en ella el Vicario de Jesucristo

el Pastor de los pastores de Israel, el Maestro infalible de la Verdad, decía, enseñaba y profetizaba, con más solemnidad que ante el Obispo de Lieja y con más autoridad que todos los profetas del antiguo y del nuevo Testamento, lo siguiente:

Enseñanzas del Papa

Encarándose, pues, con el liberalismo, que es la gran herejía moderna, en donde se contienen todas las antiguas herejías, dice el Romano Pontífice:

1.º Que en estos últimos tiempos se ha procurado con el mayor empeño levantar a manera de un muro entre la Iglesia y la sociedad civil.»

2.º «Que en la manera de ser y en la administración de los pueblos para nada se tiene en cuenta la autoridad del derecho sagrado y divino, con el marcado propósito de que ninguna influencia ejerza la religión en la vida común y social.»

3.º «Que todo esto es casi tanto como arrancar de raíz la fe de Cristo y desterrar, si posible fuere, del mundo al mismo Dios.»

De esta cizaña y pestilencial simiente de vientos sembrados a manos llenas por el enemigo de Dios y del humano linaje, es fuerza que se logren cosechas de tempestades y asolamientos, y por eso, el Sumo Pontífice continúa diciendo, a cuento de los frutos del árbol maldito de la libertad, lo que verá el que leyere lo que sigue:

«Sobrescitados los ánimos con tanta altanería, ¿qué tiene de extraño que el género humano en gran parte haya venido a parar a tal perturbación de co-

«sas y se halle agitado por borrascas tales que a nadie le dejan exento de miedo y de peligro? Preciso es que desaparezcan los segurísimos fundamentos de la pública prosperidad cuando se posterga la religión. Y Dios, que ha de imponer justas y merecidas penas a los traidores, los ha entregado ya a sus pasiones para que se destruyan ellos mismos con los excesos de la libertad.»

¡Liberales! ¿Cuál es el progreso que proclamáis? ¿La ciencia? ¿El arte? Si leemos vuestras hazañas, incendiásteis museos, bibliotecas, archivos; destruisteis los templos verdaderas maravillas de la arquitectura; fundísteis inmortales obras de orfebrería; la Pintura y la Música airadas gritan contra vosotros; la Heráldica, la Paleografía, la Numismática no quieren compararos con los alanos, vándalos u otros habitantes del África interior. Los frailes y el clero eran los custodios de tanto portento. Vosotros destruisteis, ¿quiénes son los brutos, ellos o vosotros?

BALMES.

Dos políticas.

«*Hacéis política*», exclaman desdeñosamente los infinitos católicos de doble naturaleza que quieren estar bien con Dios y con el diablo, al ver que les compele a decidirse, en un momento dado, a mostrarse con sus obras y ponerse del lado de la verdad y de la justicia. «*Hacéis política* y no queremos ayudaros en vuestros planes meramente terrenales.»

—Pero vamos a ver (pudiera contestarse a esos varones piadosísimos), ¿cómo queréis que realicemos la obra política-religiosa de llevar de nuevo la savia del Evangelio a las instituciones paganas por el enemigo, si no hacemos una política-católica que al fin y al cabo ha de ser política, so pena de no ser nada, pues sólo ha de distinguirse por los fines que persigue?

Sin *hacer política*, ¿cómo hemos de hacer *política católica*?

Pero llama mucho la atención que vosotros, tan escrupulosos en eso de averiguar las *ocultas intenciones* de los católicos celosos, que cumplen con su conciencia contrarrestando la acción del enemigo, no tengáis inconveniente en cuanto juzgáis a vuestro capricho que la acción de esos católicos es *meramente política*, de marcharos con viento fresco al campo contrario, poniendo a disposición de la taifa liberal vuestras armas y bagajes.

¿Cómo justificar vuestra conducta?

Si sois católicos, ¿cómo se explica que entre la política de vuestros hermanos, *sospecha* solamente según vosotros, y la política francamente liberal del enemigo, optéis por ayudar a ésta?

¡Oh, católicos de doble naturaleza!; católicos en la iglesia, católicos en el sermón, católicos en las novenas católicas, en las dulces piedades caseras, católicos, en fin, en el Credo y Sacramentos; ¿cómo no pensáis que también estáis obligados a serlo en los Mandamientos, el primero de los cuales es amar a Dios sobre todas las cosas, queriendo antes perderlas que ofenderle?

Pero vosotros no queréis perder los oficios y beneficios que vuestra doble naturaleza os permite disfrutar, ahí está el *quid*.

Decís que nosotros los católicos, intransigentes con el liberalismo, *hacemos política*.

Es verdad: pero nuestra política es una política sana. Nosotros hacemos política para entronizar el reino de la verdad y la justicia, mientras vosotros la hacéis para entronizar el reino de vuestras cupiscencias.

¿Queréis la prueba de nuestra sinceridad?

Pues a la vista está: pues en la intransigencia está la prueba. Si nosotros buscásemos, como vosotros, los medros de la tierra, con hacernos liberales, todo estaba concluído.

Es así, que continuamos impenitentes en nuestra actitud, siempre estéril, para nuestro medro personal, luego nuestra política queda justificada por nuestra intransigencia.

Sí, católicos-liberales; nosotros *hacemos política*: la política de Dios, la política de la Iglesia.

Vosotros también hacéis política: la política del diablo,

La prensa agente de la verdad

El agente más poderoso de la verdad, su propagador más activo, su órgano de publicidad más escuchado, y a la vez quien mejor sirve para falsificar y suplantarla hoy, a todas luces, es la prensa.

Con motivo de ser la fiesta onomástica de nuestro amado Prelado le dirigimos el 24 del actual el siguiente telegrama:

Obispo-Mahón

Cruz y Espada motivo fiesta onomástica su Prelado envia felicitación reiterando sumisión.

Director.

LA SANGRÍA

Cuando cada quinquenio, al hacerse público el censo de España, las estadísticas oficiales acusan un aumento de varios miles de súbditos en nuestro estado, sentimos como un asomo de satisfacción interior, pensando que es un signo innegable de vitalidad nacional, el desarrollo persistente de la población. Y realmente lo es, y más aún en estos tiempos en que el maltusanismo y otras causas tienen preocupados a los gobiernos de países prósperos y fuertes, por el estado estacionario que acusa en el número de sus moradores el censo de sus respectivas naciones.

En verdad, es un signo de futura prosperidad el persistente aumento de densidad en nuestra población, y él viene a demostrar la

bondan procreadora de nuestra raza, ya que, no obstante las muchas guerras que hemos tenido que sostener de cincuenta años a esta parte, y que nos han robado millones de hombres en la flor de la vida, aún podemos añadir a cada nuevo censo algunos miles de individuos para demostrar a las demás naciones inequívocas pruebas de vitalidad.

Pero esto, que sería motivo de regocijo en un país bien regido y bien administrado, en el que se multiplicaran los medios de vivir y prosperar, en el cual el trabajo fuese abundante y bien retribuido, y los artículos de primera necesidad se hallaran a granel y a precios ínfimos a cada paso, no puede en modo alguno serlo para nosotros, porque si por un lado tenemos esta pequeña fuente de robustez, por el otro viene nuestra nación sufriendo una sangría terrible y pertinaz, en progresión alarmante, amenazando, no sólo con neutralizar el pequeño aumento de densidad de población de que hablamos, sí que también con rebajarnos considerablemente el censo en un quinquenio.

Nos referimos al azote de la emigración, que tal comienza a ser

para nosotros. Y para que se vea que no exageramos, aquí van los últimos datos que han llegado a nuestras manos.

En Málaga, el vapor *Orleannais* embarcó 800 emigrantes para el Brasil; 2,000 más esperan la partida de otros barcos para el mismo destino.

De la Coruña, el vapor alemán *Francfort* tomó, hace poco, 400 emigrantes; el trasatlántico *Reina Cristina* salió de Santander con 300 tomando 500 más con destino a Cuba; los vapores *Oraira* y *Georgin*, embarcaron 1,200 para Buenos Aires, y 600 más han salido en el *Normandia*; y de Valencia 1,500 para América.

Total, 6,800 hombres que han abandonado en poco tiempo los puestos españoles, por no hallar en su país los medios necesarios para subvenir a sus necesidades. ¿Y se quiere nada más vergonzoso?

En estos tiempos de cacareada democracia, en que debieran faltarnos brazos para la agricultura, el comercio y la industria; en que el capitalismo debiera hacer el supremo esfuerzo emprendiendo obras de todos géneros para regularizar el trabajo de las masas y dar movimiento al dinero y levantar,

con su ejemplo emprendedor, el abatido espíritu nacional, arrastrando en pos de grandes empresas a los mismos gobiernos, es más dolorosa la negra sangría de la emigración, porque la nuestra no tiene su origen en la plétora de vida nacional, sino que, por el contrario, acusa la existencia del horrible cáncer de la miseria ingénita.

Por la sangría abierta en el escuálido cuerpo de la pobre España no mana, no, la sangre generosa que los grandes doctores de los estados jóvenes buscan para hacer la transfusión y precipitar con la multiplicación de los glóbulos rojos el desarrollo de sus naciones adolescentes, sino la sangre empobrecida y tibia que apenas discurre por las venas de los cuerpos enflaquecidos y débiles por carestía de alimentos y falta de oxígeno vivificador.

Sí pasamos a analizar la población relativa que tienen las principales naciones europeas, veremos, con datos irrecusables, que la emigración española es un signo de anemia nacional, pues España es uno de los estados menos poblados de Europa; en cambio Italia, que padece la misma sangría que nosotros, la padece por exceso de habitantes, pues triplica

nuestra población por kilómetro cuadrado.

He aquí la población de Europa:

Bélgica, por kilómetro	237	hab.
Holanda	id.	164 id.
Inglaterra	id.	132 id.
Italia	id.	116 id.
Alemania	id.	104 id.
Austria	id.	87 id.
Suiza	id.	80 id.
Francia	id.	74 id.
Polonia	id.	73 id.
Hungria	id.	72 id.
Dinamarca	id.	62 id.
Portugal	id.	61 id.
Rumanía	id.	45 id.
<i>España</i>	id.	39 id.

Por debajo de nosotros sólo quedan en punto a población la inmensa y desolada Rusia, Suecia y Noruega, cuyo territorio es gran parte inhabitable durante el invierno, y los pueblos a medio organizar que habitan la península balcánica.

España es, por lo tanto, en lo relativo a población, el país que menos emigración debiera tener, y sin embargo, el azote nos diezma de una manera implacable, sin que los gobiernos se cuiden de estudiar los medios conducentes a evitarla, o reducirla cuando menos a su mínima expresión.

¿Dónde se halla el hábil cirujano capaz de cerrar la herida por donde España se desangra?

R. I.